

Soy un hombre

Aquí no llora nadie.
Hay tanto que llorar que nadie llora.
Aunque la casa irradie
sobre mí sus angustias, soledad incolora,
aquí no llora nadie.
¡Nadie llora!

Espantos de silencio,
soledades sin fondo,
mudamente presencio,
y en mi dolor de sangre mis lágrimas escondo.

¡El Océano ha muerto! Barrieron la ceniza
de la encina sin jugo cataratas de viento,
y el jazminero azul ya no desliza
su tímido perfume por el patio sediento.

Y han muerto los rosales
ahogados por el pasmo de la casa aterida.
Sólo me quedan males.
En esta muerte helada yace mi muerta vida.

Que vengan esos hombres que tienen voz de acero,
los que doman los ríos y saltan los torrentes,
y entre las nubes se abren un sendero.
a través de los truenos, sobre mares hirvientes.

¡Que vengan a mirarme! Mas no me compadezcan.
Cruzaré sin desmayos el desbordado río.
Saltaré los torrentes, aunque a la cima crezcan.
Y me abriré un sendero por este desvarío.

Ya lo he perdido todo. Ya no sé ni mi nombre.
Sólo el dolor me queda, que el hierro siempre ahonda.
A mi voz, lirio muerto, no hay nadie que responda.
Pero al fin me he encontrado conmigo: ¡Soy un hombre!

Badajoz, Abril, 1949.

FRANCISCO RODRÍGUEZ PERERA



Voces y expresiones viciosas

Cualquiera y cualesquiera

HE aquí, caro lector, un adjetivo indeterminado o indefinido que trae a mal traer a escritores y periodistas. Pero no se crea que a escritores y periodistas de tres al cuarto— que de todo hay en la viña del Señor—, sino de muchas campanillas. Y todo por una pícara S que en vez de ir al final de la palabra, como hacen los franceses con su *quelconques*, va en medio de ella, bien arropadita con las demás letras, cual niño en mantillas.

Sépanlo los que no lo sabían y recuérdelo cuantos lo habían olvidado: cualesquiera no es más que el plural de cualquiera, como quienesquiera el de quienquiera, hijosdalgo el de hijodalgo, etc. De aquí que cometan crasísimo error los *plumíferos* que creyendo dar el golpe, echándose las de finos, pulidos, elegantes y exquisitos, escriben así: «*Cualesquiera* disposición que se dicte por el Gobierno en este sentido, será bien recibida» o «Un libro *cualesquiera* tiene siempre algo bueno, como dice Cervantes».

¡Tate! Lo dijo Cervantes por boca de su Bachiller, en el capítulo III de la Segunda Parte de su obra inmortal; pero también es cierto que antes que él lo había dicho Plinio; y sabe Dios de donde lo habría tomado éste. *Nihil novum sub sole* se lee en el Eclesiastés. Volvamos, empero, a nuestro tema, pues ninguna falta nos hace tal erudición y es posible que cualquier desamorado lector la juzgue empalagosa e incluso indigesta.

Ni en el primer caso, ni en el segundo, está bien empleado el adjetivo *cualesquiera*. Malamente puede concordar con «una disposición» o con «un libro» lo que expresa plural y está, por tanto, pidiendo a voces «dos o más disposiciones» o «dos o más libros».

Veamos confirmada nuestra doctrina con la siguiente jurisprudencia, como diría *cualesquiera* rábula o picapleitos. (1)

«... de cualquiera manera y con cualquiera intención que ese mazo venga...» Cervantes. (*La Gitanilla*).

«... y defendidos de cualesquier acontecimientos malos», Fray Luis de León. (*Los nombres de Cristo*).

El ejemplo que transcribimos a continuación es decisivo, porque en él se usan los dos números: singular y plural.

«Que todas y cualesquiera obras de Dios son nuevas y cualquiera cosa que una vez hizo, siempre la hizo, y esto por su inmutabilidad».

Fray Juan de los Angeles (*Obras místicas*).

Vayan a manta de Dios otros cuantos.

«... cualesquiera riñas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen». Cervantes. (*Don Quijote de la Mancha*).

«... y poner en segura prisión a cualesquiera procuradores que viniesen de Nueva España...» Antonio Solís. (*Historia de la Conquista de Méjico*).

«... Dios y la anciana lo sacarían de allí con bien, precedido del cautivo, cualesquiera que fuesen las causas que le hubiesen detenido». Navarro Villoslada. (*Doña Urraca de Castilla*).

«... fuesen cualesquiera los títulos y derechos que en favor de la goda Amaya se alegraran...» Navarro Villoslada. (*Amaya o los vascos en el siglo VIII*).

«¿Es preciso tomar armas?—Traigo. Pero si preferís las vuestras a las mías...—Cualesquiera me bastan». Tomás Aguiló. (*A la sombra del ciprés*).

Don Ramón de la Cruz en su sainete *La visita de duelo* hace hablar así a uno de sus personajes: «Y lo tercero—que en llamándonos Vds.—con *cualquiera* pretexto—podemos pelar la pava».

Esto lo dice un petimetre. Me temo que D. Ramón de la Cruz se quisiera burlar de él poniendo en sus labios tal dislate.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

(1) No será necesario advertir que cuanto va dicho es aplicable también a esta palabra cuando se usa como pronombre indefinido.

INÉDITAS

INFANTIL

¿No ves en el Cielo,
brillar las estrellas?
Corre, corre, hermana,
que quiero cogerlas.

¿No ves en Oriente
inflamado el sol?
Corre, corre, hermana,
que lo bese yo.

¿No ves en la ría
pintada la luna?
Corre, corre, hermana,
que duerme en su cuna.

Por tí se reunieron
en Corte tan bella;
sé buena y no llores:
Sol, luna y estrellas.

CASUAL

De mi carpeta saqué
una nítida cuartilla,
para hacer una quintilla
que comencé y no acabé.

Cuidadoso la doblé.
(en mil pliegues la cuartilla);
y si no salió quintilla,
salió un barco de papel...

¡Que navegó a maravilla!

JUAN RAMOS APARICIO

Alcántara, Abril de 1949.

RECUERDOS DEL MADRID DE 1909

EFEMERIDES TAURINA

POR DANHUR

AMANECIÓ un día espléndido; uno de esos días primaverales que solean las vías madrileñas llenas de un tráfico que, sin dejar de ser dinámico y abundante, no es, empero, el que caracteriza a la gran urbe en su diario laborar. Este domingo, y todos los días festivos, hace del peculiar optimismo de los habitantes del Madrid de principios de siglo, que desborde su entusiasmo y que los preparativos camperos,—toda una semana esperados,—tengan efectividad para innúmeras familias, ávidas de nuevos horizontes y de saturación de la deliciosa temperatura de la risueña estación.

(Risueña entonces, que ahora se nos muestra hosca, tacaña y hasta agresiva; no tiene formalidad el tiempo. ¡Cómo llovía y nevaba aquellos inviernos! ¡Qué asfixiante calor en los veranos! Pero actualmente... actualmente con el traje de entretiempo y la gabardina de seis temporadas vamos tirando; milagrosamente, pero vamos saliendo adelante, y salvando baches y esquinas con la consabida linterna de bolsillo.)

Para nosotros, modestos y circunstanciales vecinos de la Villa y Corte, alejados de todo vínculo familiar, sin más íntima comunidad que la de nuestros libros y las añoranzas del terruño, no había más horizonte que la Bombilla, y más concretamente, el merendero de Juan, el del *Campo del Recreo*. Allí acudíamos con el ánimo bien dispuesto y con dos o tres pesetillas para todo lo que saliera. Aunque, previsora, para que tal cantidad llegase íntegra, en su despilfarro, a proporcionarnos el disfrute de manjares y emociones en aquel edén, comenzábamos por trasladarnos a pie desde Sol a Bombilla, ahorrando así los treinta céntimos del tranvía. ¡Y por que un paseito después de la comida era muy sano, qué caramba!

Pero aquella tarde abrioleña del 909 nos alborotó un empedernido aficionado a la fiesta brava. A vuelta de intrincados cálculos aritméticos, dejando exhaustos para toda la semana nuestros ya flácidos bolsillos, obtuvimos el convencimiento de que podíamos reunir lo necesario para unos asientos de gradería de *sol y sombra*. Tomamos un *tupí* en el bar del salón Romea, en calle Carretas (el café exprés de entonces, por 15 céntimos) y enfilamos a buen paso calle Alcalá hasta *tropezar* con el Coso de la carretera de Aragón.

No recuerdo quienes eran los matadores que formaban la terna con Gaona; pero lo que no podré olvidar nunca es la impresión honda, de infinita angustia, que recibí aquella tarde. La temporada taurina del 909 fué la del famoso pleito de los *Miuras*. ¿Pleito? ¡Vaya usted a saber! Lo cierto es que la célebre pareja *Bombita-Macha-*